

Y se cierra el libro con esta visión iluminada a llamaradas, cegadora de resplandores áureos, mientras en la negra perspectiva de las calles quedan centenares de cadáveres abatidos por la metralla y las cárceles se llenan de carne joven y anhelante.

Mucho se ha hablado en los últimos tiempos—y con sobrada razón—de los grandes productos de la literatura ecuatoriana que, como «Huasipungo», «En las calles» y «Los Trabajadores», han renovado y sacudido la novela americana. Creemos sinceramente que el último libro de Alvaro Sol puede figurar con honra junto a esas obras, y junto a «La Vorágine», «El Roto» y «Los de Abajo», productos clásicos y de perdurable valer en la literatura de nuestro continente.—JUAN MARÍN.



<https://doi.org/10.29393/At142-81CPHD10081>

HORIZONTE DESPIERTO. *Poemas de Gerardo Seguel*. Edit. Panorama. Santiago, 1936.

A las modas literarias, que dejan, evidentemente, huella profunda, y que hasta ayer se dividían en lucha agria el campo en que actúa la juventud, ha sucedido ahora la postura literario-política, con numerosos adeptos entusiasmados y predicadores intransigentes. Se quiere exigir al escritor—poeta o novelista—que ponga su creación literaria al servicio de las ideas políticas de izquierda, y se condena sin misericordia al que divide en forma absoluta su obra artística y sus actividades ciudadanas en la vida del país.

Si, como dice la Biblia, por sus frutos los conoceréis, examinando la obra literaria escrita con fines de propaganda se advertirá sin esfuerzo la medianía estética que se ha logrado siguiendo tales rutas. Mirando hacia México, el país de América en que tal postura se ha hecho más evidente, si se descuentan las obras de Mancisidor y de Sarquis, se tendrá la prueba irrefutable de que tal rumbo es equivocado.

De lo mucho que se ha escrito en Chile siguiendo esta moda última, nos parece que «Horizonte despierto» que Gerardo Seguel acaba de publicar, será lo único que se libre del olvido irremediable.

Ya sus obras anteriores, «Hombre de otoño» y «Dos campanarios a la orilla del cielo», mostraron su firme temperamento poético. Con este libro de ahora, más sencillo en su solidez y con más dominio en la expresión, reafirma sus prestigios y se gana un sitio bien personal en la literatura chilena.

Será difícil, ya que es nulo el intercambio literario entre los países del continente, que este libro de Seguel cruce las fronteras. Queremos, por eso, transcribir un fragmento de su bellissimo poema «El lugar de mi infancia»:

Vecina a las violentas montañas del Malalche;
bajo las auroras de tan altas espumas
que bajan su marea por las cuestas mojadas;
junto a los ríos poderosos y salvajes
que en las noches profundas de invierno nos asaltan;
desde las lluvias eternas que arañan los poblados
o pasan cabalgando en los vientos más altivos;
desde el vasto corazón que en ellos vive,
mi vieja infancia me mira fijamente.

¡Oh, mi antigua infancia, descalza y entristecida!
Allá quedaste contemplando y destejiendo
el paso eterno de manadas de animales polvorosos
que cruzan la noche y el día de los campos,
las cosechas opulentas y las botas implacables,
las espuelas de los ricos y sus monturas insolentes
llenando las débiles aldeas perdidas en los trigales.

Desde allí me miran aún sollozando entre la hierba
las pálidas vidas de los indios arrepentidos,

el escuálido galope con que cruzan el tiempo,
perseguidos, en el viento, por los carabineros;
y los balazos solitarios que remecían la noche,
en que anidaba, mirando, mi corazón de niño.

.....

Pero he de regresar junto a los ríos intrépidos,
a los bosques que, bramando, bajan del cielo líquido,
junto a los frondosos huracanes del sur;
donde los arroyos jóvenes se desnudan bajo los robles;
donde ya los indios agrupan sus voces despertando el cielo;
donde los campesinos reúnen ya sus manos ajadas;
ahora que el viento robusto crece
y se derrama entre banderas rojas que hierven,
ahora he de volver.

Los poemas «Héroes de Lonquimay» y «Atmósfera de la prisión», en que la amarga emoción de lo real surge intacta de las imágenes nuevas y sin extravagancias, ocuparían un sitio honroso en cualquiera antología hecha con espíritu de selección, y no con miras comerciales, como se hacen generalmente en Chile.

Este libro de Gerardo Seguel no ha tenido en el país la resonancia que sus méritos hacían esperar. O no lo han comprendido los que entre nosotros pretenden hacer un oficio de la crítica literaria, o deliberadamente han callado por lo mucho que hay en él de arresto libre y generoso. No tiene otra explicación el silencio con que inútilmente han querido dañarle.—CARLOS PRENDEZ SALDÍAS.



EL GRECO («El visionario de la pintura»), por Ramón Gómez de la Serna.

Existen varios Ramones: Ramón «cicerone» del Rastro, el Ramón de las greguerías, Ramón el de Pombo, Ramón conferenciante de circo. Hay un Ramón novelista «en grande» y un Ramón